

## PAPELETAS SOBRE ARTE MUDÉJAR CASTELLANO

### LA IGLESIA DE LA LUGAREJA EN ARÉVALO

Las ligeras notas que hasta ahora se han venido publicando sobre arte mudéjar castellano, no podían dejar en silencio tan interesante iglesia, aunque el presente artículo quede reducido a una rápida reseña descriptiva. Conocido de todos es el interés de la Lugareja y sabida también la perfección con que se edificó, consiguiéndose una obra cuyo estudio es facilitado por la carencia casi total de los aditamentos y modificaciones que generalmente suelen disfrazar el aspecto primitivo de estos monumentos.

Se alza la pequeña, pero hermosa iglesia, a corta distancia de Arévalo, sobre una altura desprovista de vegetación que oculte su vista, irguiéndose sola, únicamente envuelta por los recios aires del lugar (Lámina I).

Al entrar por primera vez en ella choca el contraste existente entre su escasa profundidad y el mayor desarrollo de su anchura y altura, particularidad que claramente se pone en evidencia en el plano que publicamos (Fig. 1.<sup>a</sup>). Esto y ciertos detalles de la fachada, así como el resultado de ligeras excavaciones, que se hicieron el día de nuestra visita, afianzan en la creencia de que la Lugareja no sea más que una parte de lo que hubiera sido de realizarse íntegramente la idea primera del constructor.

Estamos, pues, en presencia de una iglesia reducida a su cabecera (Lámina II), incluyendo el crucero, cuyas naves no se llegaron nunca a prolongar por interrumpirse antes las obras, sin reanudarse luego.

Hubo proyecto de naves y un primer intento de construcción de las mismas; así lo demuestran los restos de basamento encontrados al excavar junto a la prolongación de los muros que actualmente separan el crucero de las naves laterales, y otros hallados en la misma línea a cuatro metros y medio de la fachada. Pero al llegar a esto se prescindió de las naves planeadas. El dar por terminada en

este punto la construcción, hizo necesario el reforzar esta cabecera, que la modificación dejaba sin el apoyo suficiente. Es así, que el vano cobijado por el gran arco perpiaño de entrada al crucero (Láminas III y IV) se cerró por medio de otros arcos que disminuyen considerablemente la luz del primitivo, arcos éstos que pueden pensarse casi contemporáneos a lo viejo por su apuntamiento y las molduras de sus arranques. Hecho esto, se rellenó el espacio entre el primitivo arco de boca y estos últimos por hiladas de ladrillo y cruzado por una especie de dintel formado por una zona de esquinillas y otra superior de ladrillos a sardinel. La luz de este hueco se cegaría definitivamente más tarde con un mampuesto y ladrillaje, cuya mayor modernidad se nota claramente hasta en las fotografías, en el que se practicaron la actual puerta y la ventana que da luz a la tribuna. Otro tanto ocurriría en cuanto a los vanos de las naves laterales, pero aquí sin más necesidad que el relleno puro y simple de los huecos primeros. Indicio de todo esto es también el verse a cada lado del cuerpo central de la fachada, la interrupción de los muros que pone al descubierto el material en ellos empleado, pero perfectamente rematado con ladrillos.

En el interior tenemos tres ábsides torneados y ultrasemicirculares, con una serie de ventanas de medio punto sobre imposta de esquinillas a media altura, ventanas que hubieron de ser tres en el ábside central, y de las que sólo quedan dos (las laterales), no existiendo actualmente más que una en el eje de cada ábside menor. Que no hubo más vanos en los ábsides pequeños lo demuestra el que no se correspondan las arquerías laterales internas con las del exterior.

Se cubren estos ábsides, así como el central, por medio de casquetes de horno apeados sobre imposta de esquinillas (Lámina V) e intestando en arcos de boca apuntados, muy alto y de doble rosca el del crucero, y más bajos, de un solo resalto, los de las naves laterales.

En los otros tres lados del crucero se repiten estos grandes arcos de doble guarnición que arrancan de una imposta de ladrillos en nacela y cuyos apoyos son apilastrados (Fig. 2.<sup>a</sup>) desprovistos de capitel y que responden a su anillo doble. Estos apoyos quedan rotos en tres de las esquinas a cierta altura por dejar sitio a una tribuna a los pies de la iglesia y a un retablo en el lado del Evangelio, cosa que no se haría sino posteriormente a la construcción primitiva.

Encima de los cuatro arcos del crucero existe, sobre pechinas

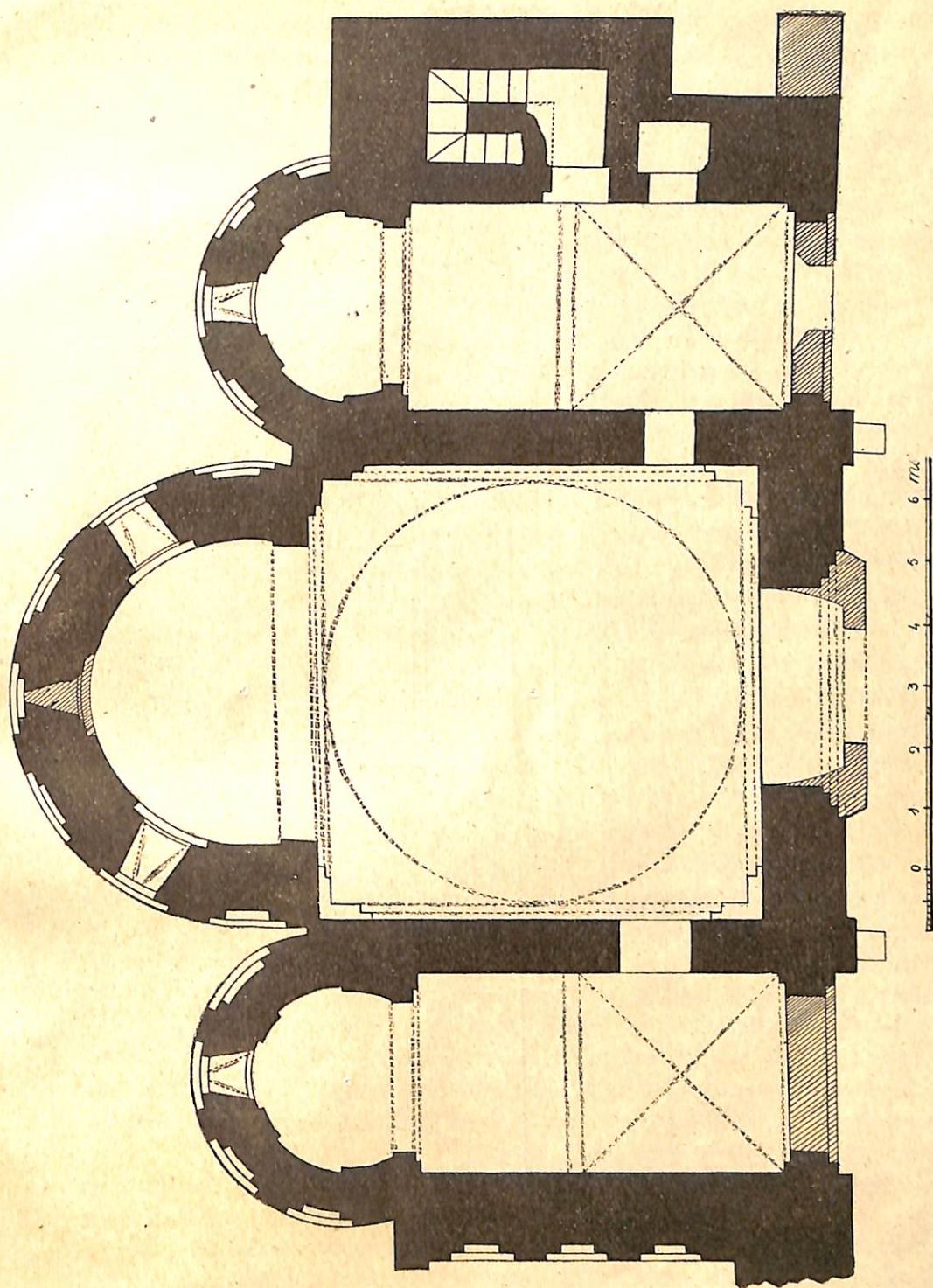


FIG. 1.<sup>a</sup>—Planta de la Lugareja. (Gráfico del S. E. A. A.)

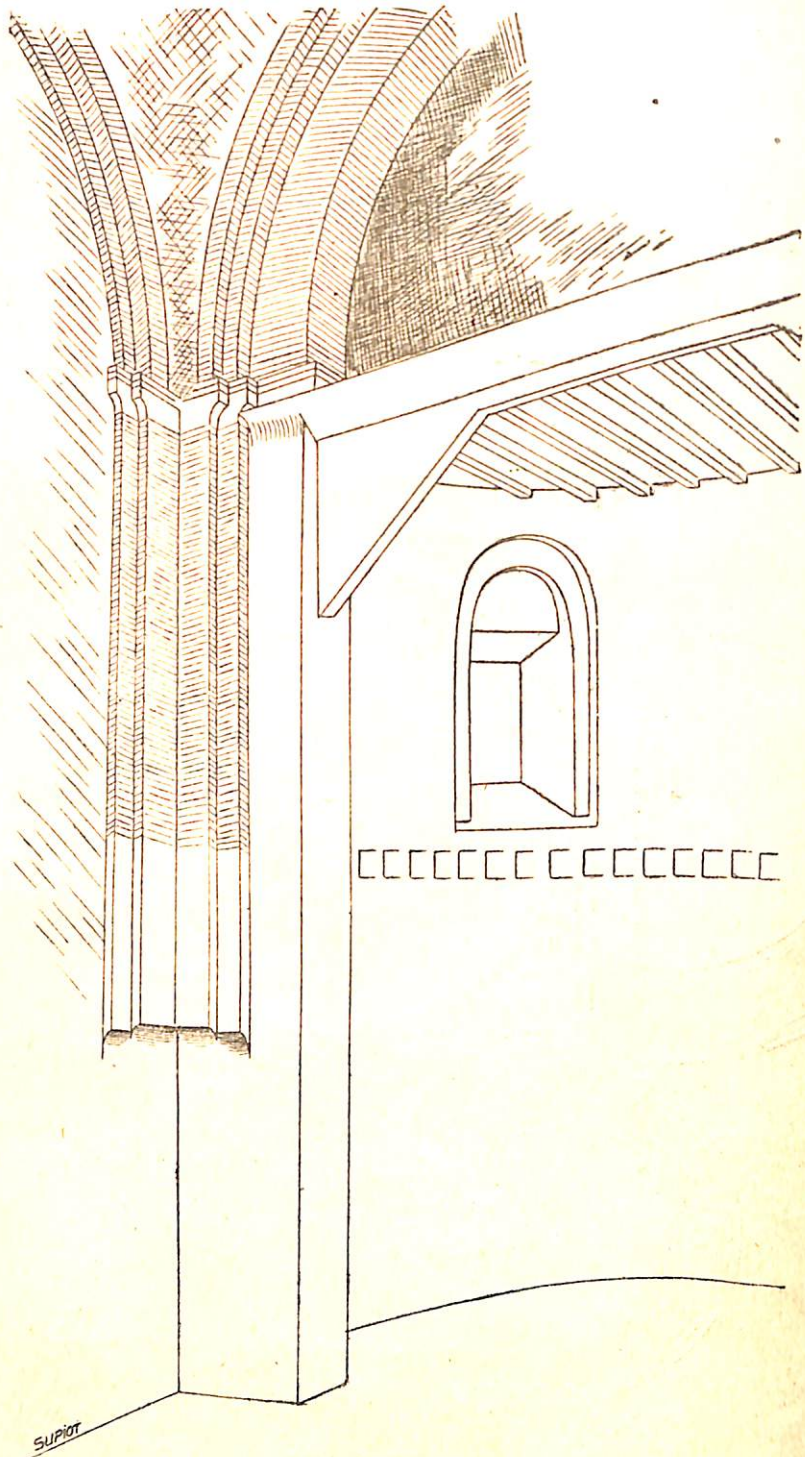


FIG. 2.<sup>a</sup>—Ángulo del Crucero. (Gráfico del S. E. A. A.).

enmarcadas de enlucido, un tambor cilíndrico, por el que corre una serie de arquerías ciegas de dos roscas, de las que la interna tiene

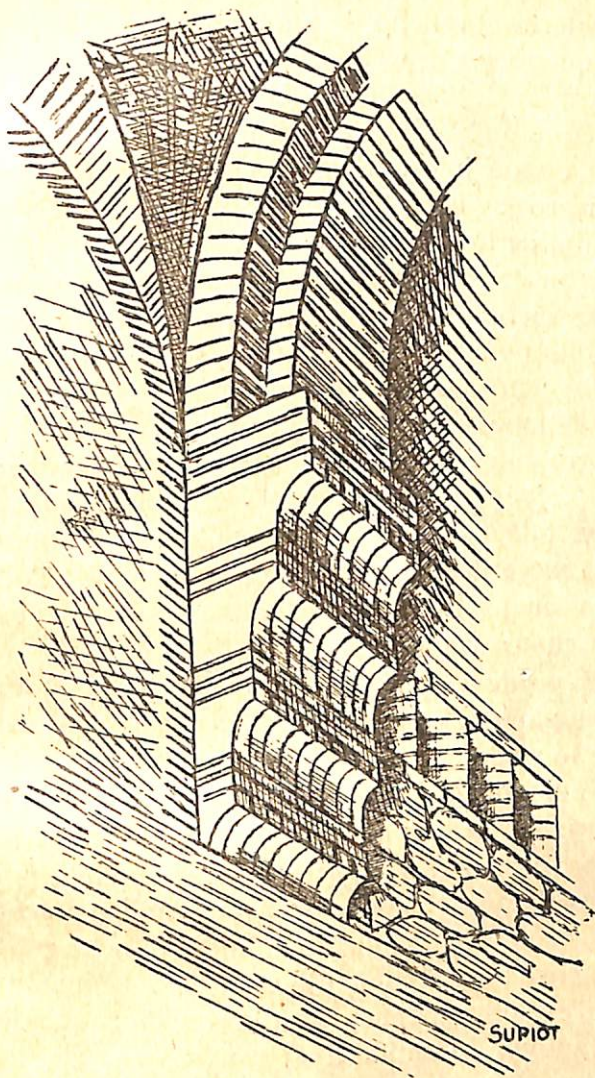


FIG. 3.<sup>a</sup>—Arranque del arco toral de un ábside.  
(Gráfico del S. E. A. A.).

molduradas en cuatro zonas, de ladrillo, en nacela, separadas por doble hilada de ladrillos horizontales (Fig. 3.<sup>a</sup>).

Los arcos del interior de esta iglesia están contruidos con gran ladrillo de treinta y tres centímetros por veinte, cuyas hiladas están

rematada su arista por un corte cóncavo. El frente de las pilastras de separación de estas arquerías lleva capiteles de piedra caliza al parecer, o acaso de yeso con una decoración de rosáceas. Por fin, sobre este tambor se eleva una cúpula, de la que no podemos decir si es o no apuntada por la obscuridad de esta parte, muy alta. (Lámina VI).

De cada lado de este crucero cuadrángulo, las naves laterales están separadas del hemiciclo por un arco apuntado, de un solo anillo y del que arranca un primer tramo de nave cubierto con bóveda de cañón apuntado, apeada sobre una moldura de esquinas, como los casquetes de los ábsides. Sigue a este tramo de cañón otro con bóveda de arista, y sirve de separación entre ambos un perpiño apuntado y doblado, que descansa sobre repisas

separadas por un espeso tendel de mortero moldurado en arista angular y lográndose de esta manera un notable efecto de claro oscuro. Todo lo demás es de ladrillo, menos los capiteles de la cúpula, y de mala mampostería el relleno de los muros.

De la parte exterior quedó ya descrita, casi completamente, la fachada al hablar del proceso de sus obras. Únicamente nos queda por añadir lo que se refiere a su parte superior, que es muy elevada sobre lo demás, pues uno de los haces del gran torreón, bajo el cual se cobija la cúpula del crucero, se levanta a plomo de lo que fué toral de occidente y hoy es hastial de la iglesia.

Es este torreón un gran dado, cuyas caras están animadas por una serie de seis arquerías ciegas de medio punto y dos resaltos, y una séptima central, formada por otras dos arquerías, una como las colaterales, pero alojando dentro a otra más pequeña, perforada, también de dos resaltos, aunque uno de ellos con corte cóncavo en su arista. Esta arquería corre entre dos zonas de esquinillas interrumpidas en los ángulos del torreón, y por encima de la más alta, y separada de ésta por dos hiladas, una ancha moldura de talón, volada, formada por ladrillos verticales y con excelente perfil. Todo ello está rematado por otras cuatro hiladas horizontales, sobre las que descansa una techumbre a cuatro vertientes.

Hemos intentado una reproducción (Fig. 4.<sup>a</sup>) de uno de los haces de este cuerpo, llevados a ello por la sencillez y elegancia de esta decoración, tan hábilmente lograda con material tan pobre.

La parte exterior del muro de la nave del Evangelio lleva tres arquerías ciegas de doble resalto y arcos de medio punto, arquerías muy altas y angostas, que llegan hasta un friso de esquinillas, más allá del cual se pierde lo que hubo de sustentar la techumbre de esta parte, pero que estaría decorada de la misma manera que la parte alta del torreón, ya que se encuentra también la misma organización en los ábsides. Este muro es ligeramente más alto que los ábsides menores y más bajo que el mayor. (Lámina II).

Exteriormente los ábsides son exactamente iguales en cuanto a su disposición y ornamentación; únicamente se distingue el central de los demás por su mayor altura y por el número de arquerías, pues lleva siete y sólo cuatro los pequeños. Se conservan íntegros los ábsides central y de la nave del Evangelio, pues el otro lleva en su parte más alta un pretil de ladrillo más moderno que rodea a una especie de terraza que recibe acceso por la escalera de la torre, y se halla emplazada sobre el trasdós de la cubierta absidal. Las arque-

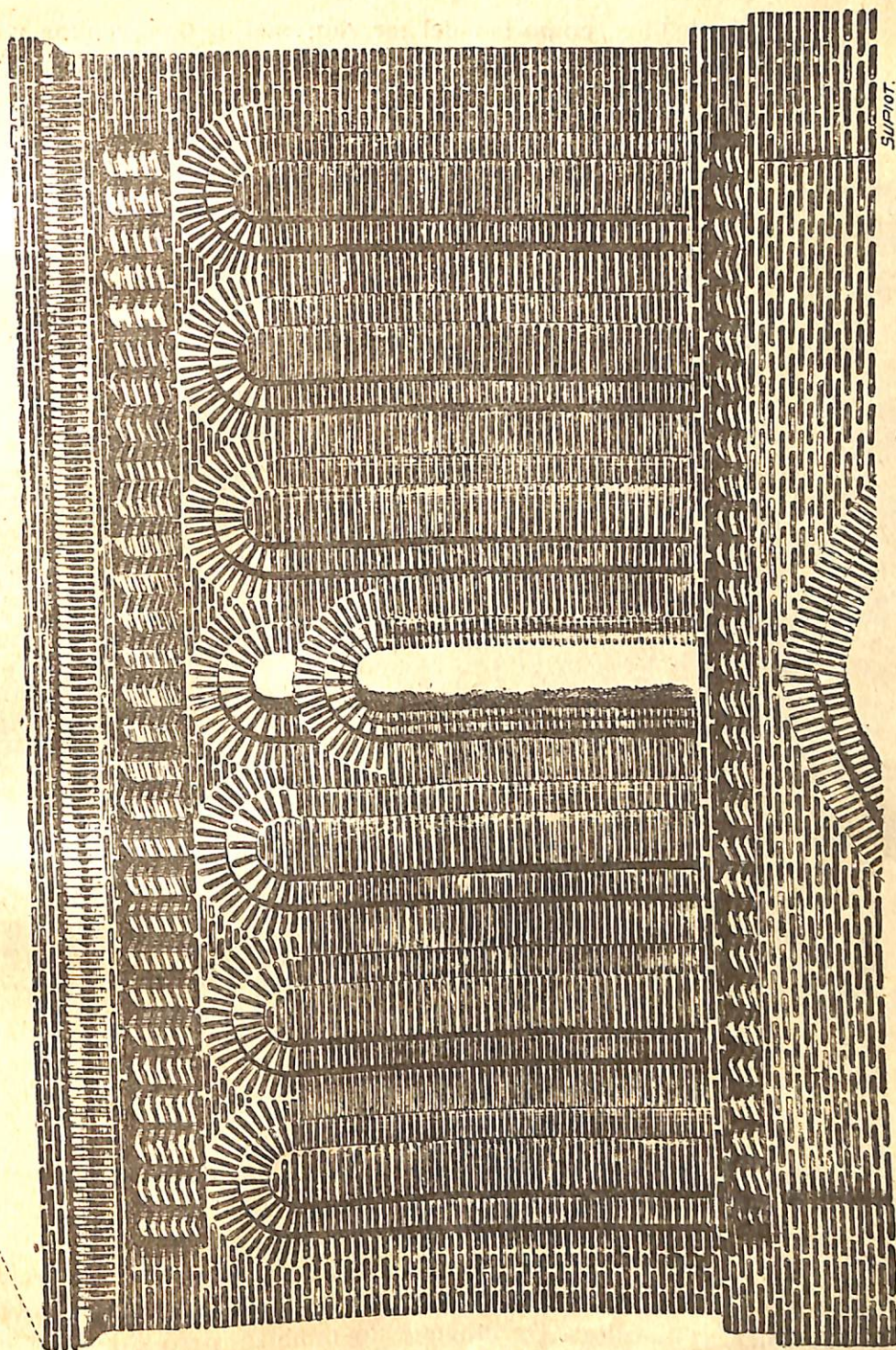


FIG. 4<sup>a</sup>—Exterior del ciborio. Una de sus caras. (Gráfico del S. E. A. A.).

rías de los ábsides, como las del torreón, son de dos resaltos y de arcos de medio punto, y encima de ellas corre el ya descrito motivo de decoración (Fig. 5.<sup>a</sup>).

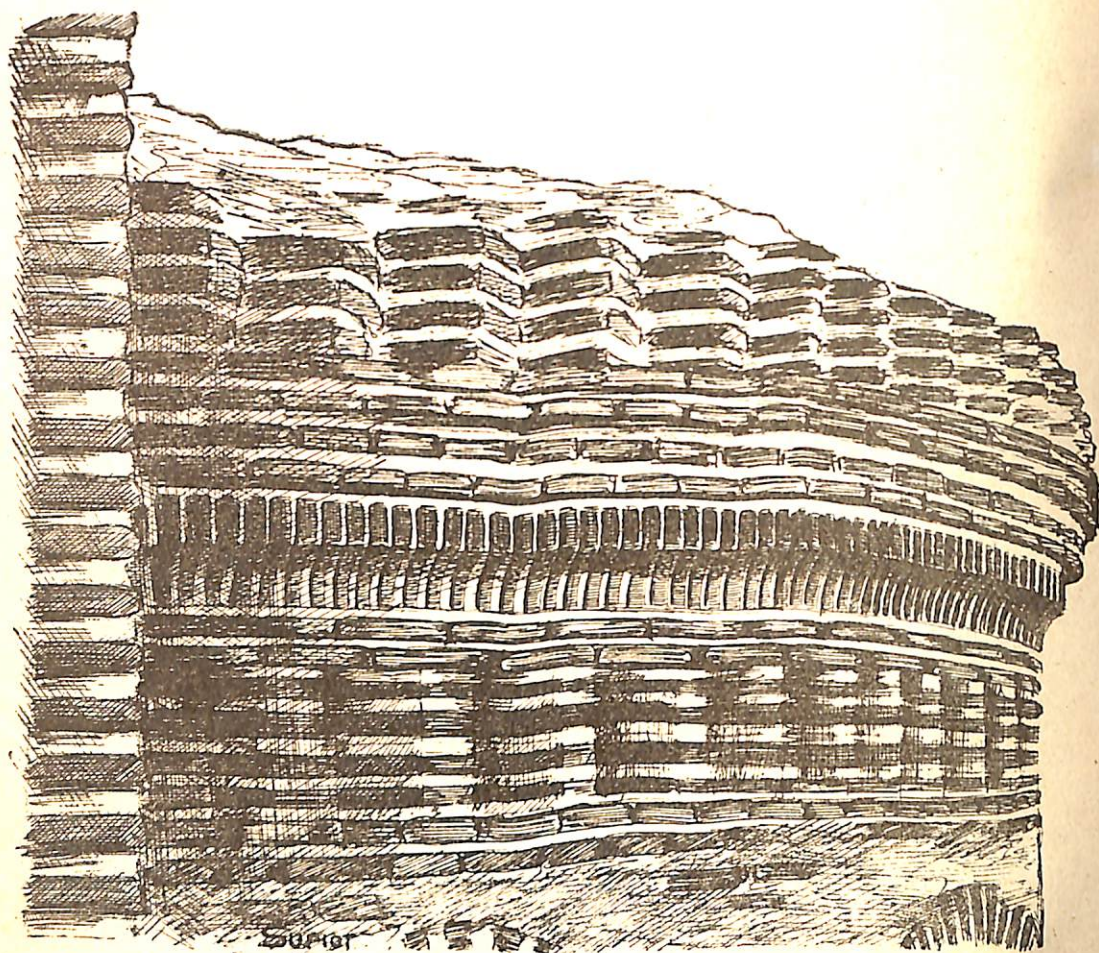


FIG. 5.<sup>a</sup> -Cornisa de un ábside. (Gráfico del S. E. A. A.).

Es sorprendente el efecto de altura que dan a todo el conjunto estas arquerías altas y estrechas seguidas por las del torreón, logrando de esta manera el monumento notable esbeltez.

Todo el edificio, por su parte exterior, descansa sobre un podio de mampostería, cuya parte medial se interrumpe por dos hiladas horizontales de ladrillos. De mampuesto también, pero éste peor, y



alternando con zonas de varias hiladas de ladrillo, es el relleno de las arquerías.

La parte externa del muro de la nave de la Epístola está oculta por un pesado macizo que cobija la escalera, a la que se tiene entrada por el interior de la nave correspondiente.

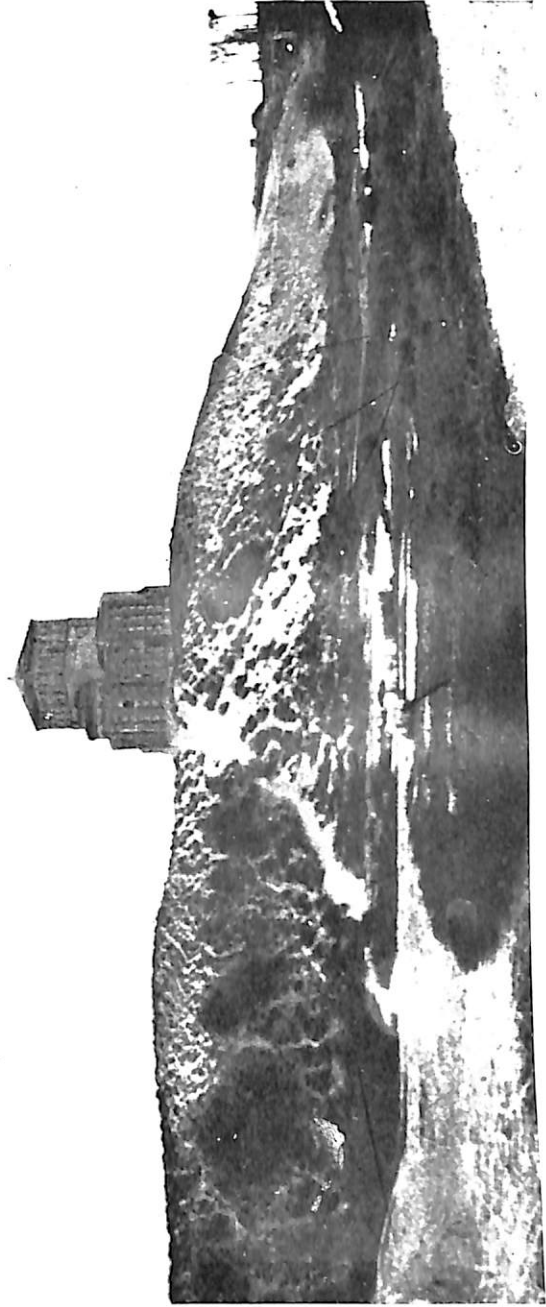
De las luces de los ábsides, ya hemos dicho que quedan actualmente dos en el central y uno en el eje de uno de los laterales. Pero estos vanos se han horadado sin respetar los antiguos. Son ahora rectangulares y abocinados, pero de mucha más luz que los primitivos, los cuales por su parte externa aparecen, según restos, sobre todo muy claros en el ábside de la Epístola. Estas ventanas se reducían a una simple saetera alta, estrechísima, con arco de medio punto y guarnición con corte cóncavo. Por el interior se abocinaría hasta dar a los arcos más amplio desarrollo que se nota aún, pero que se rellenaron para después practicar las feas ventanas actuales.

\* \* \*

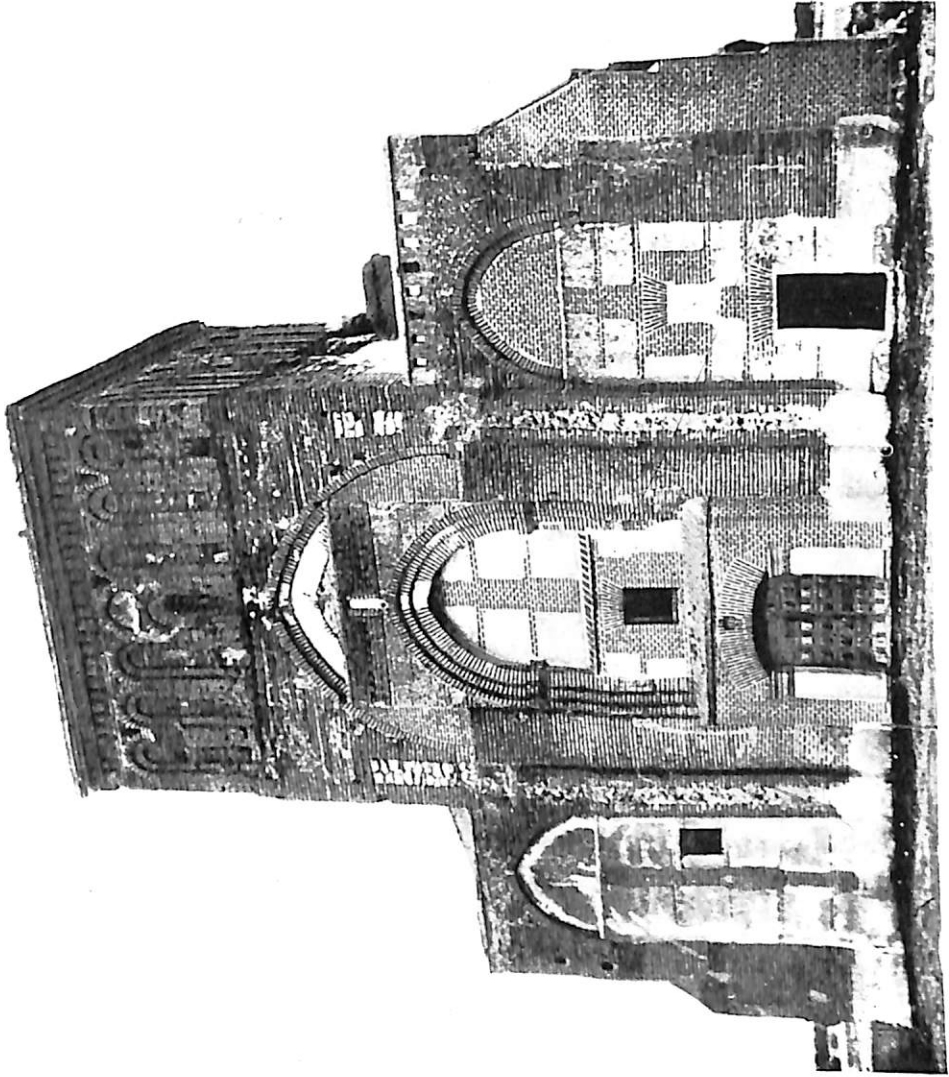
Tal es la iglesia de la Lugareja, único resto conservado del monasterio fundado en la primera mitad del siglo XIII por los hermanos Román y Gómez, de que nos habla V. Lampérez en su obra «Historia de la Arquitectura Cristiana Española» (Tomo II, pág. 396).

Insistamos por última vez sobre el valor de esta joya de nuestro arte mudéjar castellano, indiscutible por todos conceptos, pero sobresaliendo muy especialmente por el puro sabor castellano, que la distingue de las demás construcciones de este género.

JAIME SUPLOT,



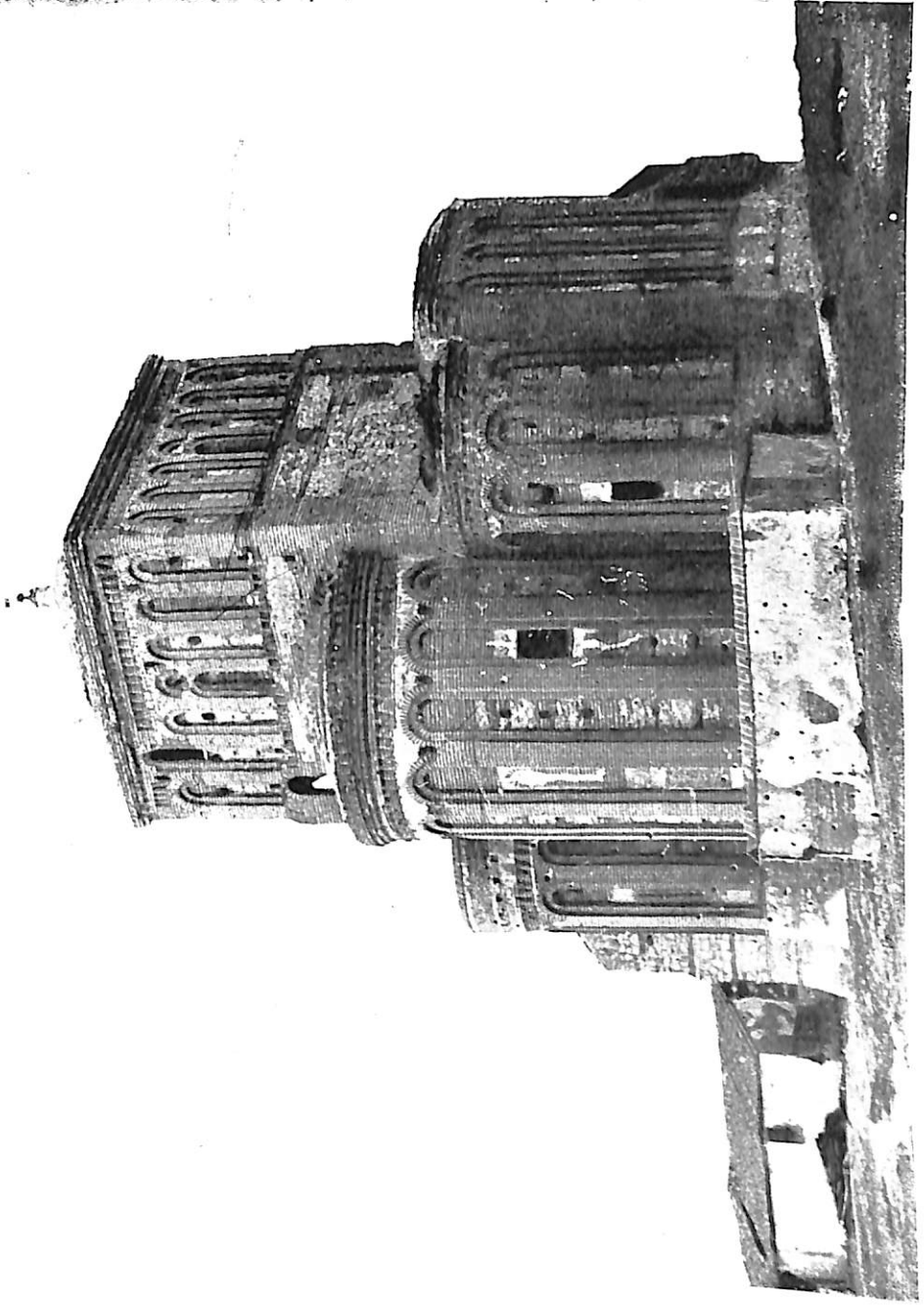
Pl. 1.—*La Lagareja, Arévalo.*—*Vista general* (Fot. del S. E. A. A.)



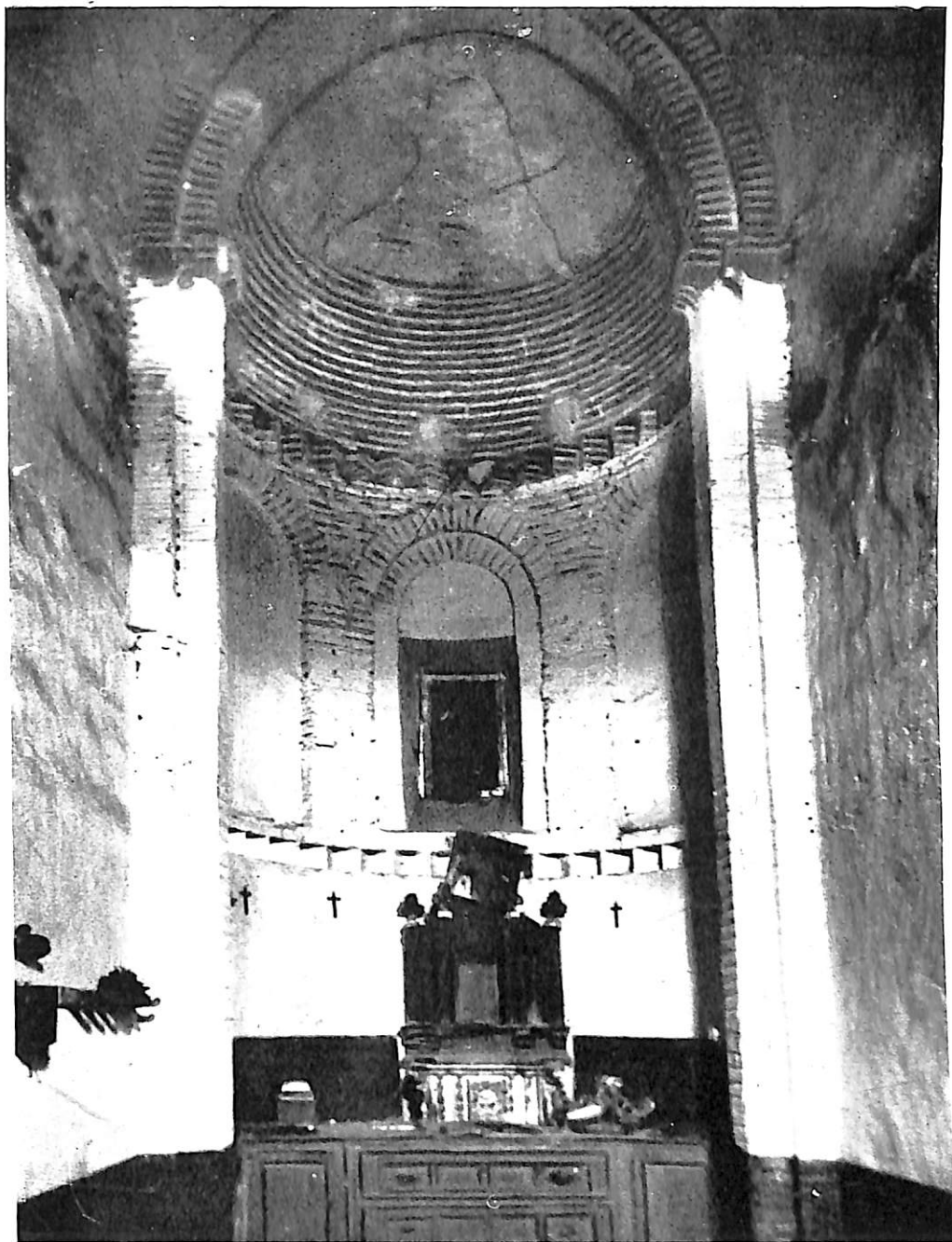
L.ÁM. II.—La Lagareja, Frente de la iglesia—(Fot. del S. F. A. A.)



LAM. III.—*La Lugareja. Parte central de la fachada.*  
(Foto del S. E. A. A.)



LAM. IV.—La Lugareja. Vista de los ábsides de la iglesia. (Foto del S. E. A. A.)



(Fot. del S. E. A. A.)  
L.ÁM. V.—*La Lugareja. Interior del ábside del Evangelio*



1.º M. VI.—*La Luqueja. Cúpula que cubre el cruceiro de la iglesia.*  
(Fot. del S. E. A. A.)